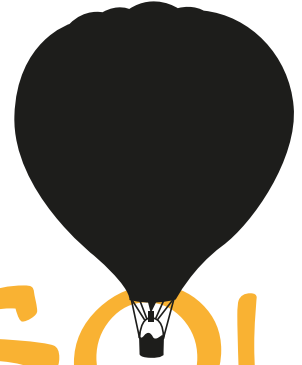




UN VIAJE EN GLOBO HACIA EL SOL

Un cuento sobre la exploración del Sol

Había una vez un niño llamado Nicolás que vivía en un pequeño pueblo escondido entre montañas y un cielo siempre azul. Nico, que fué llamado así en honor al gran Copérnico, tenía dos grandes pasiones: los globos y las estrellas. Siempre que podía, su mamá le llenaba globos de colores que él usaba para atar pequeños juguetes y dejarlos flotar por los rincones de su casa. A veces, amarraba un hilo largo a los globos y los dejaba subir sin perderlos hasta donde sus ojos podían seguirlos, imaginando que algún día podrían alcanzar las nubes.

Por las noches, cuando el cielo se llenaba de astros y el ruido del pueblo se desvanecía, Nico y su familia se escapaban al campo, donde la oscuridad les regalaba el espectáculo estelar. Allí escuchaban las historias que su madre, Estrella, les contaba con amor. Estrella era astrónoma, una exploradora de los misterios del universo, y desde que Nico era pequeño le había contagiado su pasión por lo desconocido.

Una tarde, al llegar a casa, Estrella se acercó a Nico con una sonrisa que no podía ocultar su emoción.

—¡Tengo algo maravilloso que contarte! —dijo, abrazándolo con fuerza—. Voy a trabajar en el proyecto Sunrise III. Es un telescopio especial para estudiar el Sol, pero no es un telescopio cualquiera, ¡es uno que viajará muy alto por el cielo en un globo estratosférico!

Los ojos de Nico se iluminaron como soles. Saltó emocionado de los brazos de su madre y, casi sin aliento, preguntó:

—¿Un globo? ¿Para qué hace falta? Si el Sol lo vemos desde aquí.

Estrella rió suavemente, maravillada por la curiosidad insaciable de su hijo. Sabía que esa noche sería larga, llena de preguntas y sueños compartidos.

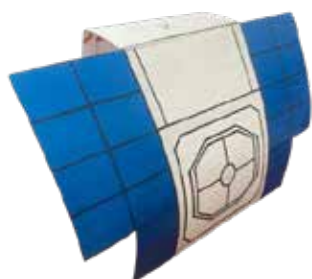
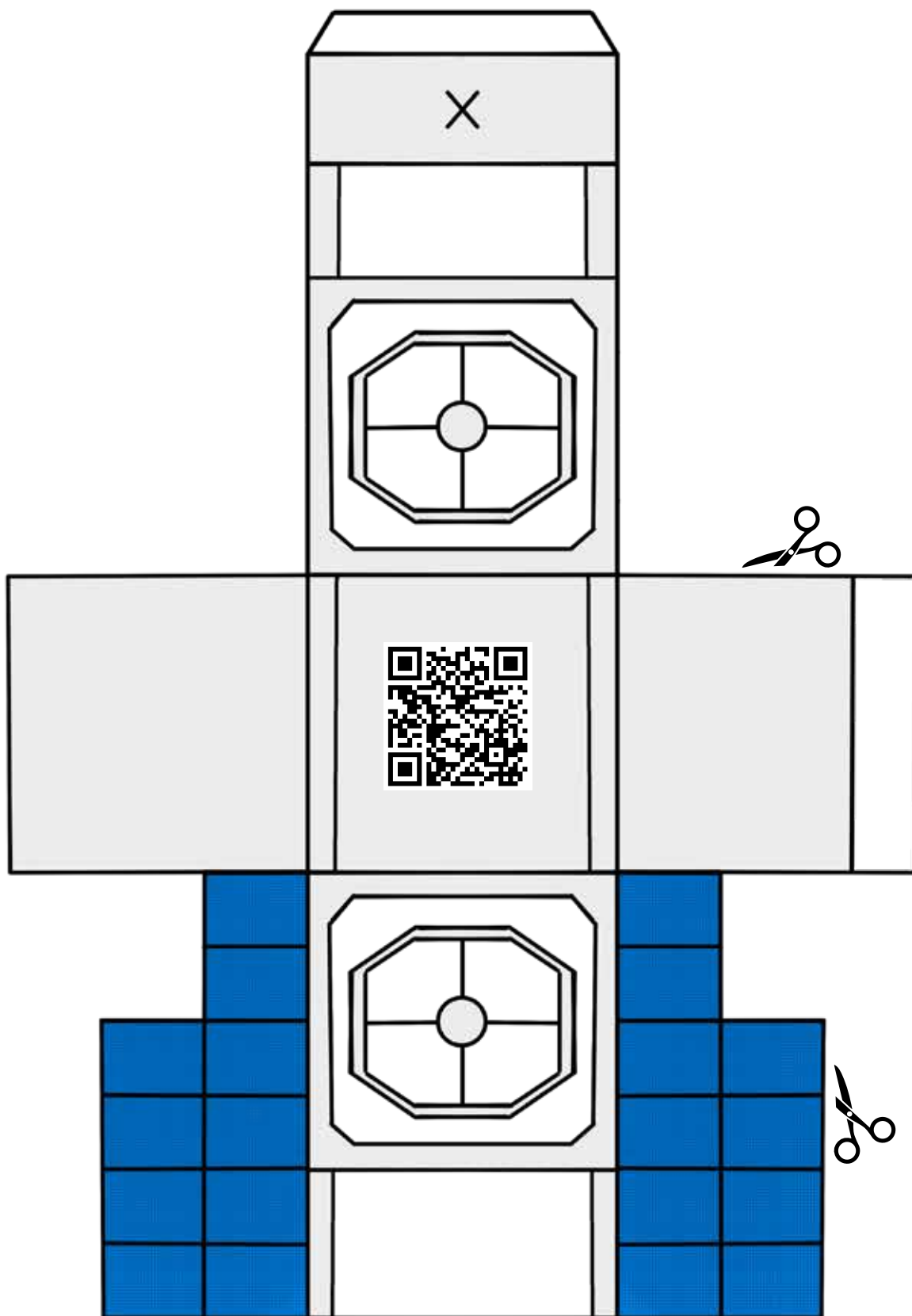
—Imagínate —comenzó a explicar—: aquí en la Tierra, cuando usamos un telescopio, la atmósfera deforma un poco las imágenes, como cuando miras a través de un vaso de agua. Pero si llevamos el telescopio mucho más arriba, a un lugar donde no haya nubes, ni contaminación, ni esa distorsión, ¡podremos ver el Sol con una claridad increíble! Y para lograrlo, necesitamos un globo gigante que eleve el telescopio hasta ese lugar.

Nico escuchaba fascinado, imaginando ya aquel enorme globo surcando el cielo. Como su madre había anticipado, esa noche fue larga, pues Nico tenía un sinfín de preguntas y su mente no dejaba de volar, al igual que los globos que tanto amaba.

Estrella tuvo que contarle todos los detalles de la misión para que aceptara acostarse: el globo se elevaría hasta los 35 kilómetros de altura, donde el telescopio no sólo fotografiaría el Sol, sino que también estudiaría sus emisiones y los campos magnéticos que, aunque son invisibles a nuestros ojos, pueden afectar a nuestros satélites, las comunicaciones y hasta a la electricidad de las casas.

Aquella noche, antes de dormir, Nico miró por la ventana y vio la Luna brillar. Se imaginó que algún día él también podría ser un científico, tal vez uno que trabajara con globos estratosféricos como su mamá, descubriendo los secretos del universo. Él siguió soñando con globos, pero ahora no solo para volar, sino también para explorar los misterios del cielo y aprender más sobre nuestro increíble sol.

¿FIN?



Un viaje en globo hacia el Sol tiene licencia CC BY-NC-ND 4.0. © 2 por Ismael Ferreira Palomo, Emilio José García Gómez-Caro, Jose Carlos del Toro Iniesta, Clara Elena Pérez Gutiérrez, Sergio León Dueñas, José A. Sencianes Ortega y Sara Adán Pérez.
Centros colaboradores: Casa de la Ciencia de Sevilla e Instituto de Astrofísica de Andalucía IAA-CSIC.